

El libro del trimestre

Elie WIESEL. *Contra la melancolía. —Celebración jasídica II—.*

Traducción de Miguel García-Baró. Colección Esprit.
Caparrós Editores, Madrid, 1996, 202 páginas.

Andrés Simón Lorda

Miembro del Instituto E. Mounier.

Vivimos una época que parece invitarnos a recogerlos en los cuarteles de invierno a esperar jornadas más cálidas. Nuestro siglo se ha caracterizado por alcanzar unas cotas de mal como nunca la Razón podría haber imaginado. En este proceso Auschwitz ha sido un hito, pero por desgracia no el último, de la barbarie que nos asola. Cuando el soñar con realizar el Paraíso en la tierra ha dado paso a la cotidianidad del infierno de turno, exhibido por los diferentes medios de comunicación. Cuando los gritos de las víctimas parecen perderse en el silencio, gritos que, aparentemente, ni siquiera Dios acoge —silencio que es Dios—; cuando todo esto sucede, quizá la única solución sea sumirse en la melancolía, el escepticismo y la apatía. «Abandonar toda esperanza» y buscar que nuestra suerte sea lo menos mala posible.

I

Tal podría haber sido la respuesta de Elie Wiesel. Motivos, por desgracia, no le han faltado. Nacido en Shiget, Transilvania, en 1929 en el seno de una familia judía en una comunidad jasídica fue enviado, con apenas catorce años, al campo de exterminio de Buchenwald, a la noche terrible de Auschwitz, donde perdió a casi toda su familia. La trilogía *La noche*, *El alba*, *El día* constituyen su testimonio del Holocausto (*Shoah*) —especialmente el primero de ellos, al ser un relato autobiográfico— y sus primeras reelaboraciones y replanteamientos. Eso sí, llevado a cabo de forma singular ya que «entender la *Shoah* equivale, sin embargo a hacer teología de la *Shoah*: según el testimonio de Wiesel, una empresa imposible y un pecado. Pero mirar insistente-

mente a ella, detenerse a sentir y pensar cuanto sea hacedero, no sólo no es una blasfemia, sino tanto una necesidad como un deber»². Y, sin embargo, este mirarla insistentemente plasmado en su obra literaria, y su hacer cotidiano que le valió el Premio Nobel de la Paz en 1986, de una manera misteriosa le han permitido a Wiesel atravesar la nada a la que le arrojó la *Shoah*: la muerte de su alma, de su prójimo y de Dios, para reencontrar del otro lado al Dios de la historia que ha establecido una alianza con el hombre, con su pueblo.

Conviene detenerse un momento para analizar brevemente cuál es el horizonte que traza esta trilogía para el resto de su obra, también para *Contra la melancolía*. Leer esta obra sin tener presente este trasfondo es perder algunas claves fundamentales para alcanzar su significado pleno.

Su lectura —que recomiendo encarecidamente junto con la no menos magistral trilogía de Primo Levi: *Si esto es un hombre*, *La tregua*, y *Los hundidos y los salvados*³ nos conduce al fruto de su amarga experiencia, negra, como quedaba su prójimo convertido en humo arrojado noche y día por las chimeneas de los crematorios; desesperante, como en la tarde en la que ahorcaron a un niño y los prisioneros tuvieron que desfilar bajo la horca y mirar sus ojos agonizantes durante media hora. Y entonces: «Detrás de mí, oí a un hombre que preguntaba: «¿Dónde está Dios?». Y sentí en mí una voz responderle: «¿Que dónde está? Está ahí; colgado de ese palo...»⁴.

Durísima condición, sin lugar a dudas, la de quienes después de haber estado allí son devueltos a la «vida cotidiana». Fortísimas preguntas las que les acompañan, y débiles respuestas las que ofrecer. Pero «repito que el arte mismo de *El día* es ya el

anuncio de que el nihilismo no es en Wiesel más que la transición hacia otra experiencia de lo divino, hacia otro modo más profundo de ser judío. La pasión por no traicionar la seriedad de la experiencia y su alcance universal no son, tampoco, rasgos nihilistas, y ellos han sostenido en todo tiempo el trabajo de Wiesel»⁹.

El cometido de esta recensión no es acercarse a cómo Wiesel ha articulado esa otra experiencia de Dios en el resto de sus escritos⁶. Si tal fuera su tarea, habría que analizar *La ciudad de la fortuna*, *Las puertas del bosque*, *El testamento de un poeta judío muerto asesinado* o *El olvidado*, entre otras de sus obras. De lo que se trata es de acercar al lector su libro *Contra la melancolía. Celebración jasídica II*, eso sí sin perder de vista la luz que ésta pueda arrojar en ese anuncio de una renovada presencia de Dios.

II

Contra la melancolía. Celebración jasídica II forma parte de un grupo especial dentro de la producción literaria de Wiesel recientemente agrupado en un único volumen: *Celebraciones*⁷, donde están reunidas, además de la presente, *Celebración jasídica*, *Celebración bíblica* y *Celebración talmúdica*: «Estas celebraciones me son próximas, lo confieso. Ocupan un lugar privilegiado, aparte, entre mis narraciones y en mi vida: me sirven de hitos (de faros). Judío jasídico desde mi infancia, me gusta celebrar los personajes de la Biblia, del Talmud y del mundo jasídico, recordando sus historias que nutren la memoria y la imaginación colectivas de mi pueblo. Más precisamente: me gusta celebrar los textos donde es dado reencontrarlos para caminar juntos. Los celebro para estudiarlos; los cuento para celebrar el estudio»⁸.

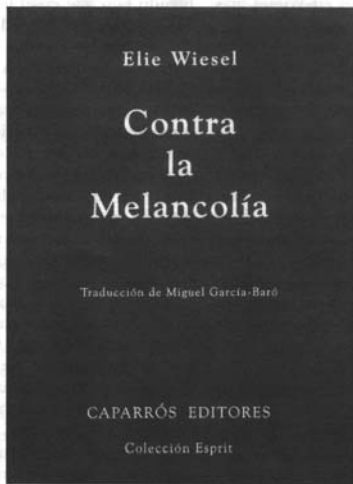
Pero, ¿qué es este jasidismo que ha dejado una huella tan indeleble en la infancia de Wiesel? ¿Por qué volverse a él para vivir presente? El jasidismo es un movimiento místico judío fundado por el famoso santo y místico Israel Ba'al Shem Tov, «el maestro del Santo nombre», o Besht que murió en 1760. Su cuna fueron Polonia y Ucrania. En este siglo XX el jasidismo se dio a conocer en Europa gracias a las recopilaciones de sus historias que realizaron Buber⁹, Dubnow o el mismo Wiesel. El movimiento jasídico bebió de las fuentes de la Cábala, no de-

biendo buscarse en él novedades en el plano teórico. «La originalidad del jasidismo radica en el hecho de que los místicos que alcanzaron su objetivo espiritual se dirigieron al pueblo con su conocimiento místico, con su «cabalismo convertido en *et-hos*» y, en lugar de cultivar el misterio de la más personal de todas las experiencias, se dispusieron a enseñar su secreto a todos los hombres de buena voluntad»¹⁰. Estos místicos son los *tzadikim* o maestros. Para ellos era fundamental el contacto con el resto de la comunidad, el cual facilitó a la gente humilde la experiencia de un despertar religioso interior. «El creyente ya no necesita de la Cábala; él transformó sus misterios en realidades al afirmar ciertos rasgos que el santo, o *tsaddic*, cuyo ejemplo se esforzaba en seguir, había colocado en el centro de su relación con Dios. Cada hombre, decía la doctrina, debe tratar de convertirse en la encarnación de una cierta cualidad ética. Atributos como la piedad, el culto, el amor, la devoción, la humildad, la clemencia, la confianza, e incluso la grandeza y la dominación, se volvieron de este modo extraordinariamente reales y socialmente eficaces»¹¹. Ya no es el conocimiento, sino su modo de vida, lo que proporciona valor al *tzadik*, quien se convierte en centro de la comunidad pues hace posible la comunión. Al jasid le caracteriza el júbilo por saber que Dios lo envuelve todo y lo impregna todo, por haber descubierto su presencia en nuestro mundo, y la siguiente transformación que este acontecimiento comporta. «En lugar de disertaciones en torno a las vidas de los grandes *tsaddiquim*, (...) se tejían leyendas, en muchos casos cuando todavía vivían. En este enorme caudal de cuentos, que desempeñan un papel importante en la vida social del hasidim, se hallan indisolublemente mezcladas la trivialidad y la profundidad, ideas tradicionales o prestadas y una verdadera originalidad. *Contar una historia acerca de la conducta de los santos se convirtió en un nuevo valor religioso y constituye algo así como la celebración de un nuevo rito religioso*. (...) Nada se quedó en teoría, todo se convirtió en relato»¹².

III

Así pues si contar las historias de los *tzadikim* se convierte en una *celebración jasídica*, entonces tal es

la naturaleza de *Contra la melancolía*, y su subtítulo queda ya plenamente justificado. A lo largo de estas páginas se nos presenta a nueve de los *tzadikim*, de los maestros, del movimiento jasídico. Sus nombres: Rabí Pinjás de Korezt, Rabí Moshé-Leib de Sassov, El vidente de Lublin, ect. poco o nada dicen a nuestros oídos, por ello Wiesel, a guisa de orientación, les asocia sendas cualidades —sabiduría, compasión, silencio, etc.—, como otras tantas formas de expresar y encarnar la relación con Dios, recurso que bebe en la más pura tradición jasídica, como se vio en el apartado anterior. Este encuentro se hará contando las leyendas, cuentos e historias conservadas por las comunidades; trayéndonos sus dichos y sentencias, reflejo de su sabiduría profundamente humana, y por tanto divina, así como rescatando los contados datos «históricos» que disponemos de sus vidas. Todo ello narrado en un estilo personal que intercala numerosas reflexiones del propio Wiesel. La finalidad de Wiesel no es desde luego una exposición, al modo de un tratado sistemático, de los contenidos teológicos del jasidismo. Su meta es otra, a saber, ser fiel a su compromiso de narrador, transmitir lo que se le confió, y así, por paradójico que parezca, contarse al contarlo. Pues, tanto narrador como oyente, gracias al encuentro con estos rostros que abandonan el acartonamiento del papel, descubren que «su historia no comienza con la suya propia, sino que se inserta en la memoria, tradición viviente de su pueblo»¹³. «Porque la historia judía se vive en presente. Negación de la mitología, afecta a nuestra vida y a nuestra función en la sociedad. Júpiter es un símbolo, pero Isaías es una voz, una conciencia. Zeus murió sin haber vivido, pero



Moisés sigue vivo. Sus llamamientos, que antaño fueron para que un pueblo alcanzara su liberación repercuten en nuestros días y su Ley nos compromete»¹⁴.

Wiesel quiere llevarnos más allá de los aforismos inteligentes, más allá de las historias más o menos fantásticas que nos encandilan; aunque, ciertamente, están presentes en sus páginas, quiere que a través de todo esto reconozcamos qué ocurre en la historia cuando un hombre recoge la palabra que Dios le dirige, cuando escucha su silencio y se deja transformar, transformando su mundo, su historia.

De modo sucinto, y en absoluto sistemático, destacaré aquellos elementos que yo, lector-oyente, he celebrado en la palabra y silencio de Wiesel. Por desgracia he de referirme únicamente a las «moralejas» de las historias, problemas de espacio impiden incluir las narraciones por entero.

¿Qué ha aportado el jasidismo, gracias a la dedicación e integración del *tzadik* en su comunidad, al hombre? Trajo a los excluidos, a las víctimas, tal era la situación de la gran mayoría de los judíos de esos lugares en el s. XVIII, el sentimiento de existir dentro de la historia judía, pues ellos no contaban para la Historia y el Progreso del Siglo de las Luces, el siglo de Kant y Goethe, Voltaire y Rousseau, Mozart y Goya. «De repente, por primera vez desde hacía siglos, se dieron cuenta de que no eran seres inútiles bajo un cielo indiferente. Cada gesto suyo contaba; cada oración, aunque fuera torpe o pueril, pesaba en la balanza; cada una de sus vidas podía desequilibrarla»¹⁵. Dicho de otro modo, redescubrió la inalienable dignidad que todo hombre posee por ser creatura divina.

Rechazó cualquier pretensión de apoderarse de Dios por parte de un grupo, una casta, una persona afirmando la cercanía de Dios para cada hombre (CL, 18).

Reiteró que Creación y Redención van de la mano, y que para lograr la Redención del mundo es preciso, además de la obra redentora de Dios, el concurso de cada hombre, trabajando en comunión con los demás: «Sólo tenían que invocar a Dios, para que Él volviera a ellos su rostro oculto; porque Dios nunca es indiferente a su creación; Dios nunca es extraño al mundo; y el hombre no es su enemigo. El jasidismo del Besht no dejaba de repetirlo en cantos y parábolas. Este mensaje contra la desesperación y contra la apatía sensibilizó al individuo respecto de sus propios problemas, y lo hizo consciente de su capacidad de resolverlos. Mostró al judío, que acababa de salir de su sueño, que la victoria no puede brotar sino de su propia historia; que la alegría no es perfecta más que si llama a la alegría del otro» (CL, 18).

Afirmó con rotundidad que el amor a Dios sin el amor al prójimo no es verdadero amor: «El hambre puede llegar a ser fuente de inspiración poética, pero siempre que sea la de uno, no la del prójimo. Amar a Dios a costa del prójimo, cantar su gloria delante del hambre de un semejante, es un pecado. ¿Que os encontraréis a un hambriento? Dadle de comer. Y si no tenéis con qué alimentarlo, gritad contra el hambre, protestad contra el hambre, por aquellos a los que el hambre oprime. Cabría decir, en última instancia, que Rabí Moshé-Leib dio gracias a Dios por haberle hecho descubrir el hambre en él mismo y no en el otro. Antes de ver sufrir a sus semejantes, estaba dispuesto a sufrir él. Ayudando es como esperaba socorrerse a sí mismo. Pero constantemente necesitaba ayuda. Para los demás» (CL, 98). Algunas de sus formulaciones nos recuerdan al pensamiento de Levinas: «Es un principio básico del jasidismo que el amor al prójimo se parece al amor a Dios: debe aspirar a lo infinito» (CL, 61).

¿De dónde sacar las fuerzas para esta forma de vida? «A sus adeptos [El vidente de Lublin] les enseñaba no a explicar textos más o menos oscuros, sino a escucharlos y, más aún, a escuchar a los que los leen y repiten desde hace siglos» (CL, 133). Es decir, la actitud de encuentro con la persona ocupa el pa-

pel central. Bien sea el prójimo que se me cruza en el camino, bien sea un personaje de la Biblia, del Talmud o de una historia jasídica; pero descubriendo en todos estos acontecimientos la presencia de Dios. ¿Tarea fácil? No desde luego. Y así lo muestran las mismas vidas de los Rabís celebrados, a cuyo término, paradójicamente, se vieron sumidos en la melancolía. Melancolía de quien habiéndolo dado todo ya sólo aguarda que los demás hagan lo mismo y espera que definitivamente el Mesías traiga la redención a este mundo.

IV

¿Melancolía por el silencio de Dios? El silencio es sin duda alguna uno de los grandes temas de la obra de Wiesel. En *Contra la melancolía* a Rabí Méndel de Worke se le asocia el silencio como cualidad que él ha hecho carne, manifestando así la presencia de Dios. Su retrato origina algunas de las páginas más bellas, profundas e insólitas del libro. ¿«Soluciones»? ¿Teodicea al uso? Desde la trilogía inicial sabemos que Wiesel se lo ha prohibido. Aunque sí que busca pistas orientativas.

He aquí alguna de ellas: «Al silencio, evidentemente, se le encuentra desde los orígenes de la humanidad, e incluso antes. Si la palabra de Dios es eterna, no lo es menos su silencio. Quizá lo es más. Antes del «Dijo Dios», antes de «En el principio», ¿qué había? La Creación, proyectada por la palabra, estaba anclada en el silencio. Del silencio nació la palabra. Palabra divina; pero ¿qué hacía Dios antes de pronunciarla? ¿Esperaba? Sí, esperaba. Esperaba que se desgarrara el silencio y permitiera que en él se insertara la palabra. Pero como Dios es a la vez fuente y destino final del silencio y del lenguaje, no hay conflicto entre los dos; no lo hay en el plano de Dios; al contrario, hay allí armonía y paz. Porque el verbo divino es armonía y paz. Sólo él habla y calla a la vez. El conflicto estalla en el plano del hombre, para quien la palabra constituye el lenguaje humano y el silencio es un lenguaje divino, o, más bien, una forma divina de lenguaje —que no es lo mismo. Para el hombre el conflicto, por insoluble, es trágico. Al despertarse al mundo, Adán se halla encerrado en un silencio que lo sobrepasa, lo provoca y lo libera. Para romperlo, se pone a hablar» (CL, 179-180).

«Pues, a fin de cuentas, la alternativa, por ahora, es ésta: responder con la palabra humana al silencio divino o responder con el silencio humano a la palabra divina. Pero el objetivo que hay que alcanzar es otro: responder con el silencio al Silencio y con la palabra a la Palabra.

Pero el camino es, de nuevo, peligroso. ¿Y si el silencio de uno fuera la palabra del otro? ¿Cómo saberlo? ¿Se puede saber? Preguntas turbadoras, angustiosas; sobre todo, para nuestra generación. Todavía no se ha sabido descifrar ni aun afrontar el silencio de Dios en un universo vacío de Dios o, peor, llenos de Dios. ¿Cómo explicar? ¿Cómo contar?» (CL, 198).

V

Si la «teología» no parece ser la respuesta más satisfactoria para Wiesel a los interrogantes de la vida y a la pregunta viva misma que es hombre, sí que parece que contar historias, *celebrarlas* es un camino para vivir nuestra vida, sobre todo si nos atenemos a sus palabras: «Esto es una leyenda jasídica: una tentativa de humanizar el destino»¹⁶. Su fundamento para sostenerlo Wiesel lo ha recibido de sus maestros, de quienes confiesa: «he aprendido el valor y el misterio del cuento creador y vehículo de lazos. También he recibido de ellos esta verdad humana intemporal: al principio fue la palabra, y la palabra es la historia del ser humano recontada por seres humanos. Y el ser humano es un poco de historia de Dios recontada por Dios»¹⁷.

Notas

1. Muehnik Editores. Barcelona, 1986.
2. GARCÍA-BARÓ, M.: *Ensayos sobre lo Absoluto*. Colección Espirit. Caparrós Editores. Madrid, 1993.
3. Hay traducción de las tres obras en volúmenes separados en Muehnik editores. Barcelona, 1987, 1988 y 1989 respectivamente.
4. WIESEL, E.: *La noche*, p. 105.
5. GARCÍA-BARÓ, M.: *op. cit.*, p. 120. También hubo cristianos en los campos de concentración. Una reflexión sobre la experiencia de uno de ellos se puede encontrar en la obra de DÍAZ, C.: *Maximiliano Kolbe (La victoria sobre Auschwitz)*. Acción Cultural Cristiana. Madrid, 1994.
6. Cf. además del ensayo de GARCÍA-BARÓ la obra de TESTEMALLE, A. Mary: *¿Silencio o ausencia de Dios?* Centro de Estudios Judeo-Cristianos / Ediciones Studium. Madrid, 1975.
7. WIESEL, E.: *Célébrations. Portraits et légendes*. Éditions Seuil. París, 1994. Las otras tres celebraciones recogidas en este libro son *Celebración bíblica* (trad. en Muehnik. Barcelona, 1987), *Celebración jasídica* (Trad. como *Retratos y leyendas jasídicos*. Ed. de la Flor. Buenos Aires, 1988 2ª) y *Celebración talmúdica* (sin traducir).
8. WIESEL, E.: *Célébrations*, p. 7.
9. Cf. especialmente BUBER, M.: *Cuentos jasídicos*. 4 vols. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1978.
10. SCHOLEM, G.: *Op. cit.*, p. 368.
11. SCHOLEM, G.: *Op. cit.*, pp. 368-369.
12. SCHOLEM, G.: *Op. cit.*, p. 375-376. La cursiva es mía.
13. WIESEL, E.: *Celebración bíblica*, p. 13.
14. WIESEL, E.: *Celebración bíblica*, p. 11.
15. WIESEL, E.: *Contra la melancolía*, p. 18. A partir de ahora citaré esta obra como (CL, pág.) en el cuerpo del texto.
16. WIESEL, E.: *Retratos y leyendas jasídicos*, p. 11.
17. WIESEL, E.: *Célébrations*, p. 8. Uno no puede dejar de acordarse de una de las últimas obras del teólogo católico SCHILLEBECKS, E.: *Los hombres relatos de Dios*. Sigueme. Salamanca, 1995.